

palabras para terminar. Nadie está exento de error, por mas distante que esté de su ánimo el incurrir en él. Si en la série de hechos que refiero, hubiese, involuntariamente, caido en alguno, dispuesto estoy á rectificarlo, si se me arguye de equivocacion con datos irrecusables. De no apoyarse la advertencia que se me haga en algo positivo, no haré alteracion ninguna en mi relato, puesto que, como he dicho, he procurado seguir siempre el sendero de la verdad.

Madrid 30 de Marzo de 1876.

NICETO DE ZAMACOIS.

HISTORIA DE MÉJICO

CAPÍTULO PRIMERO

Procedencia de los primeros habitantes del continente Americano.—Los toltecas: su establecimiento en el país de Anáhuac: su civilizacion: su desaparicion.—Los chichimecas: sus monarcas: su gobierno: su favor hácia los inmigrantes.—Llegada de los acolhuas, de los olmecas y de otras diversas tribus que habitaron antes que los mejicanos el país á quien éstos dieron al fin su nombre.—Union de los chichimecas y acolhuas: sus progresos en las artes y en la agricultura.

Antes de presentar las brillantes páginas del descubrimiento del Nuevo-Mundo que ilustran el dichoso reinado de Isabel la Católica y de Fernando; antes de consignar las particulares circunstancias y los notables hechos que inmortalizaron el nombre de Hernan Cortés, de ese hombre extraordinario que agregó mas tarde la mas preciosa porcion de la América, el exuberante y rico suelo de Méjico á la corona de Carlos V, preciso es que me detenga á dar á conocer el vasto territorio que fué teatro de sus hazañas antes de que los españoles colocasen allí su poderosa planta, la manera con que se formaron aquellos lejanos pueblos, la religion y ritos que observaban, el sistema de gobierno que les regia, las leyes y costumbres que tenian y

el estado de civilizacion á que habian llegado hasta el último de sus emperadores.

La existencia de los primeros hombres que habitaron el vasto continente de la América, se pierde en las nebulosas sombras de los tiempos.

Envuelta permanece en los pliegues de los siglos mas remotos, la procedencia de los que pisaron antes que ningun otro, las fértiles regiones del Nuevo-Mundo.

Muchos sabios escritores y filósofos, caminando por el frágil y seductor sendero de las conjeturas y de la probabilidad, no han conseguido con sus sistemas de investigacion y de inferencias, más que sembrar la vacilacion y la duda en los lectores á quienes han tratado de inspirar sus doctrinas en ese punto del todo improbable.

Nada, en una palabra, se ha logrado adelantar en el resbaladizo terreno que envuelve en densas tinieblas el pasado, respecto de los primitivos colonos de la América. La luz de la verdad se encuentra velada por el espeso velo de los siglos, y no llegará á las sociedades futuras algun ténue rayo de ella, sino cuando la casualidad presente al hombre, en objetos y monumentos que acaso permanecen sepultados en ignorados desiertos, las claras páginas de los acontecimientos pasados.

Pero no porque la brillante luz de una seguridad inconcusa no se presente á nuestros ojos á deshacer las sombras de la duda, debemos renunciar á los ligeros indicios que, de acuerdo con la razon, nos conducen á una probabilidad altamente lógica.

Apoyados en vehementes probabilidades que se desprenden de jeroglíficos y pinturas de una antigüedad re-

mota, los historiadores mas caracterizados por su ilustracion y recto juicio, han llegado á ponerse enteramente de acuerdo en sus apreciaciones, en la parte referente á la procedencia de los primeros hombres que pasaron del Antiguo-Mundo al mundo descubierto por Colon.

Segun la respetable opinion de estos eruditos historiadores, opinion que ha sido admitida como la mas probable por la mayor parte de los amantes del saber, los hombres que pisaron primero el vasto continente americano, pasaron del Asia á la América, bien por un espacio de tierra que debia unir entonces los dos continentes, bien por una prolongada sucesion de ligeras islas que en épocas muy remotas debieron existir á cortas distancias unas de otras.

Como prueba que arguye en favor de la opinion por ellos asentada, exhiben las pinturas y cánticos de los distintos pueblos que se extendieron por el Nuevo-Mundo.

Los Toltecas, los Acolhuas, los Mejicanos, los Tlaxcaltecas, los Tarascos, los Chipanecas y los Mixtecas, así como todas las diversas tribus que registra la historia de América, aseguraban que sus antepasados habian marchado del otro continente, indicaban el camino que habian llevado, y aun conservaban los nombres verdaderos ó adulterados de sus primeros progenitores que, despues de la confusion de las lenguas, se habian esparcido por el haz de la tierra dirigiéndose á diferentes regiones del globo.

Evoluciones y cambios de la tierra. No presenta la admitida opinion de los autores que han conjeturado la union de los dos mundos por medio de un gran brazo de tierra, ó de una no interrumpida sucesion de islas, colocadas á cortas distancias unas de otras en el espacio com-

prendido entre el Asia y la América, nada que se subleve contra la razon, contra la verosimilitud ni contra las observaciones de los geólogos.

Los cambios operados en nuestro admirable planeta desde los tiempos mas remotos, consignados se encuentran en las obras de los estudiosos sabios que han dado á conocer sus multiplicadas variaciones. Ricos viñedos y feraces campiñas se cultivan actualmente, que en épocas remotas ostentaban golfos navegables y caudalosos rios; en tanto que veleros bajeles y rápidos vapores surcan, con actividad prodigiosa, por los que en un tiempo fueron feraces sementeras que correspondian con abundantes frutos á las fatigas del labrador que conducia por ellas el arado. Los destructores terremotos, sacudiendo la tierra en sus mas hondos cimientos, han hecho desaparecer grandes islas y espaciosos terrenos, hundiéndoles en el abismo, en tanto que los fuegos subterráneos han hecho surgir islas y tierras que no existian.

La geología registra en sus páginas numerosos hechos de los notables cambios operados sobre el haz de la tierra. La Sicilia se encontraba en otro tiempo unida al continente de Nápoles, como á la Beocia lo estaba la Eubea, hoy Negroponte. Igual union existia entre España y Africa, segun lo afirman Diodoro y Estrabon, quedando separadas á consecuencia de una violenta erupcion hecha por el Océano en la tierra que se encuentra entre los montes Avila y Calpe, que produjo aquella comunicacion y formó el mar Mediterráneo. La isla de Ceilan se formó, segun la tradicion que conservan con fé viva los habitantes de ella, á causa de un terrible terremoto que la

separó de la península de la India. Idéntica conviccion abrigan los malabares, respecto de las islas Maldivas, y los malaies por lo que hace á la Sumatra. Del poético rio Sarno, que lamia murmurando los muros de Pompeya, no ha quedado el mas leve vestigio que dé á conocer donde estuvo su cauce, hoy convertido en terreno de cenizas y lava endurecida, y aun el mismo volcan del Vesubio, que sepultó con sus lavas las bellas ciudades de la Campania, deja ver las palpables señales de haber sido, en épocas remotas, submarino.

El conde de Buffon, refiriéndose á Ceilan, no duda en asegurar que allí ha perdido la tierra cerca de cuarenta leguas de terreno que le ha quitado el mar, y que, por el contrario, en Tongres, lugar de los Países Bajos, el mar ha cedido á la tierra algo mas de treinta leguas. A las inundaciones del Nilo debe el Egipto su parte septentrional. La tierra que, segun el mismo autor, ha llevado aquel rio de los países mediterráneos del Africa y ha dejado en sus inundaciones, ha formado un suelo de mas de veinte brazas de profundidad. Por verdad inconcusa y suficientemente probada pasa que del fango de los rios se llegaron á formar la provincia del rio Gialo en la China y la de la Luisiana.

Nueve notables islas, aparecidas de repente en el ancho mar por levantamientos de la tierra, nos presenta el sabio naturalista Plinio, enumerando entre ellas Delo, Rodi, Anafe, Nea, Abone, Yera, Tera, Teracia y Tia (1).

En la region de América, los eminentes geólogos que

(1) Lib. 2 de la *Hist. Nat.*

con ojos filosóficos han observado la monumental península de Yucatan, han convenido unánimemente en que su feraz terreno ha sido lecho de mar en épocas lejanas, y el vice-versa á esa admirable evolucion se advierte en el canal de Bahama, donde se presentan vehementes indicios, que arguyen casi una certeza innegable de haber estado unida en otro tiempo la hermosa Isla de Cuba al bello continente de la Florida.

Las referidas evoluciones operadas por los fenómenos geológicos que han hecho cambiar, en varios puntos, la fisonomía del planeta que habitamos, vienen á imprimir un carácter de certidumbre á la opinion unánime de la antigua union de la América con el Asia. En el estrecho que separa á estos dos países, se descubren un número considerable de islas que la razón, el estudio y el exámen, convencen que fueron en un tiempo parte de aquellas montañas que allí debieron existir, y que, con sobrado colorido de verosimilitud, se juzga que fueron despedazadas y hundidas por espantosos terremotos.

Presentada la opinion mas aceptable y mas generalmente aceptada por el criterio y la lógica de eminentes hombres en ciencias y en letras, respecto de los primeros habitantes que pisaron el vírgen suelo de la pintoresca América, cruzando del Asia al Nuevo-Mundo, entremos de lleno en la historia correspondiente á la parte de esa América, en uno de cuyos puntos, el mas favorecido de la naturaleza, se encuentra asentada la actual República Mejicana. Entremos de lleno, repito, en esa historia, y empecemos por dar á conocer la manera con que se fué formando la poblacion de aquel vasto territorio, que llegó

á ser la mas poderosa y civilizada nacion del Nuevo-Mundo.

La misma densa oscuridad que envuelve la procedencia de los primeros hombres que cruzaron del viejo al nuevo continente, envuelve tambien la de los individuos que pisaron, antes que ningun otro, el fértil suelo del Anáhuac.

La tradicion, siempre respetable, pero no pocas veces sensiblemente adulterada, pretende que admitamos la existencia de una raza de gigantes, estableciéndose como la primera de las que asentaron su planta en aquel delicioso territorio. El descubrimiento de huesos, cráneos y esqueletos de magnitud gigantesca, desenterrados en diversas épocas en las cimas de varias montañas del Anáhuac, así como el de multitud de restos fósiles de algunos elefantes y de otros animales de gran corpulencia, han venido en apoyo de aquella tradicion, para que algunos escritores la presenten como un hecho patente de inequívoca realidad (1).

Pero no es admisible la opinion de la existencia de una nacion de gigantes. La historia no nos presenta, desde la creacion del mundo, ningun país de hombres de corpulencia colosal; y la razon y la sana lógica aconsejan que no admitamos como regla general lo que solo son excepciones en la familia humana.

Las osamentas y los esqueletos de extraordinarias dimensiones encontrados al acaso al remover la tierra en

(1) Esos esqueletos y cráneos de colosal tamaño, se han encontrado en *Atlancatepec*, pueblo de la provincia de Tlaxcala, en Texcoco, Toluca, *Quauh-zimalpan*, y últimamente en la California, en un collado poco distante de *Kada-Kaaman*.

que estaban sepultados, debemos creer que perteneciesen á hombres de talla gigantesca, que siempre los ha habido en todas las naciones; pero de ninguna manera debemos, por la vista de ellos, sacar deducciones generales, concediendo á todos lo que la naturaleza solo se habia dignado conceder á un reducido número de personas.

Dejando, sin embargo, las conjeturas de diversos autores respecto de si los esqueletos de esos gigantes pertenecian á individuos de tribus anteriores á las que despues se establecieron en los mismos puntos, ó si habian formado parte de estas últimas, voy á ocuparme de la instalacion de los diversos pueblos que pasaron al Anáhuac, y de cuya existencia real y positiva se tiene una certeza inconcuſa y á todas luces irrecusable.

De dónde viene el nombre de Anáhuac, que en el nombre de Anáhuac. la expresiva lengua mejicana significa *junto al agua*, y que despues se hizo extensivo al país entero que los conquistadores españoles, al engarzar aquella valiosa joya á la corona de Castilla, denominaron Nueva-España, solo correspondió, en los primitivos tiempos, al majestuoso valle de Méjico, cuyas principales poblaciones llegaron á fundarse á las márgenes de los magníficos lagos que ostenta como anchurosos espejos donde se retrata la azul techumbre de un cielo siempre diáfano, y en las pequeñas y pintorescas islas que, como nevados cisnes, descansaban en medio de las tranquilas ondas.

Los espaciosos lindes que mas tarde fueron comprendidos con esa denominacion, incluyendo dentro de ellos nuevos y fértiles terrenos, nuevas y poéticas ciudades, hasta el descubrimiento de la América por el ilustre navegante

Colon, determinados quedarán suficientemente cuando los hechos históricos nos lleven á tratar del poder del imperio mejicano, bajo el gobierno de sus últimos soberanos.

648, de la era vulgar. Llegada de los toltecas al Anáhuac. Los toltecas, siguiendo el orden cronológico con que las diversas naciones que se encontraban al Norte de la América llegaron á pasar

al favorecido territorio en que hoy se asienta la República Mejicana, fué la primera tribu ambulante que penetró en las anchurosas campiñas del Anáhuac, que brindaban al hombre una tierra vírgen, feraz y deliciosa.

Hasta entonces habian vivido en los estrechos límites de *Huehuetlapallan* ó *Tlapallan*, ciudad del reino de Tollan, situada al Norte del rio Gila, entregados á las artes y á la agricultura, en que estaban bastante adelantados.

Aumentada la poblacion considerablemente, y no ofreciendo el país de su nacimiento los precisos medios para satisfacer las imperiosas necesidades de la vida, resolvieron, numerosas familias, abandonar el estéril suelo de su patria, y dirigirse en busca de una region menos esquiva, que les proporcionase los preciosos medios de subsistencia que les negaba el ingrato terreno en que habian nacido.

544. Salen de su país los toltecas. Dispuesta la marcha, y provistos de arcos y de flechas, de semillas y de algunos instrumentos de labranza, se pusieron en camino el año de 544 de la era vulgar, abandonando para siempre el país que les habia visto nacer.

Al frente de los resueltos emigrantes que se lanzaban á una peregrinacion penosa y larga, se colocaron algunos de los hombres mas caracterizados por su prudencia, saber y valor, que habian influido en que se tomase aquella reso-

lucion, figurando en primer término el sabio *Huematzin* ó *Hueman*, que significa el de las grandes manos.

Los toltecas, llamados así por ser nombre derivado de Tollan, su patria, caminaban, respetando la opinion de sus directores, con direccion constante al Mediodía. El sabio *Huematzin*, observando en su marcha el sistema que en época mas lejana habia puesto en práctica el venerable patriarca *Abrahan*, conducia á su fatigada gente hácia sitios favorecidos por la naturaleza, tomaba posesion del campo que mas abundantes frutos ofrecia, levantaba chozas, ordenaba que se cultivase la tierra sembrando maíz, algodón y otras plantas en ella; y cuando merced al asiduo trabajo, veia á su honrada tribu provista en abundancia de todo lo necesario para continuar la marcha, abandonaba aquel lugar para ocupar otro y otros, en los cuales se iban repitiendo las mismas interesantes escenas de laboriosidad y de industria; benéficas huellas que iban dejando á su paso, como imperecederas señales de civilizacion, los entendidos toltecas. *Hueyralan* fué el punto primero que, cultivada la campiña por los robustos brazos de la infatigable tribu tolteca que habia hecho alto allí á los doce dias de haber abandonado la patria, ostentó sus poco antes eriales campos, vestidos con la brillante esplendidez que prestan á la naturaleza las ricas producciones de la benéfica agricultura. Sin embargo, la cantidad de los productos presentados por los labrados campos al agricultor tolteca, no correspondió á las fatigas, á las esperanzas ni á las necesidades de la industriosa tribu, y los toltecas, abandonando aquel ingrato suelo en que habian permanecido cuatro años, continuaron su penosa peregrinacion en solicitud

de regiones mas fructíferas y apacibles. Faltos de acémilas y de todo animal de carga, porque ninguno existia entonces en la América; abrumados con el fatigoso peso de sus instrumentos de labranza, de sus armas y de sus provisiones, los toltecas llegaron al fin de veinte dias de penosa marcha á *Xalisco*, donde halagados por el clima y la belleza de su suelo, resolvieron detenerse y trabajar.

Activos y emprendedores, pronto edificaron una ciudad, y depositaron en el seno de los campos próximos á ella las plantas mas necesarias á la vida. El maíz, el algodón, el pimiento, la habichuela y una considerable variedad de plantas vistieron la tierra, y la atmósfera se aromatizó con el perfume de las multiplicadas flores.

Los toltecas se manifestaban altamente satisfechos de haber llegado á un país cuyos feraces terrenos correspondian con usura al trabajo de los brazos. Contentos del resultado que les proporcionaban sus faenas, viviendo en el seno de sus familias entregados á la industria y á la educacion de sus hijos, jamás hubieran abandonado aquella region que parecia empeñarse en proporcionarles la dicha y la ventura, si los jefes á quienes obedecian, no hubieran resuelto continuar su viaje hasta llegar á un punto que se habian propuesto como término de su peregrinacion.

Ocho años permanecieron los toltecas en el feraz terreno de *Xalisco*, viviendo en la abundancia y la tranquilidad. Terminado este período, emprendieron de nuevo su camino dirigiéndose hácia la costa del mar del Sur, por en medio de una naturaleza prodigiosamente exuberante, sí, pero bajo un clima sofocador que enervaba los miembros y fatigaba el espíritu.